

los Persas y de los Medos, hasta que el gran imperio de Babilonia fué arruinado por el irresistible poder de Alejandro Magno.

Este célebre conquistador del Asia habia sido mostrado figurativamente al profeta Daniel en dos visiones diferentes. En la vision de las cuatro bestias, que figuraban los cuatro grandes imperios de la tierra que habian de suceder uno á otro ántes del reino de Cristo, la tercera bestia era como un leopardo, con cuatro alas, y cuatro cabezas, y era animal de mucho poder. El imperio de Alejandro fué el tercero; la rapidez de sus conquistas como el vuelo de un águila; y la corona de Alejandro se dividió por muerte suya, para coronar á cuatro Reyes. En otra vision le fué mostrado un macho cabrío, que iba del occidente al oriente con una hasta muy grande en la frente, y se encontró con un carnero que tenia muchas astas: el macho embistió al carnero con todo el ímpetu de su fuerza, le quebró todas las astas, y le holló en tierra, sin que nadie pudiera favorecerle. El macho creció mucho, se le cayó el asta grande, y le nació cuatro. El carnero figuraba á Dario, que amenazaba al occidente; y el macho figuraba á Alejandro que pasó al oriente, venció á Dario, y le quitó sus reinos: creció su imperio y cayó, para levantarse cuatro en su lugar. Alejandro se enfermó, y conociendo que iba á morir, dividió su reino en cuatro partes, y coronó á sus cuatro Generales mas principales. La parte del Asia fué el reino de Seleuco, y por consiguiente quedó sujeta á él la Judea.

CAPITULO SEGUNDO.

CRUEL PERSECUCION DE ANTIOCO.

LOS MACABEOS.

Los Judíos continuáron gozando paz y libertad en sus ceremonias religiosas, durante el reinado de Seleuco, y Antioco el Grande, hasta que la paz fué turbada en tiempo de Seleuco Filopator, sucesor de Antioco en el reino de Siria. Seleuco honraba mucho á Jerusalem, á los Judíos y á su religion, movido de la piedad y virtudes del Pontífice Onias; y aunque este Rey era gentil, daba una renta anual muy liberal para mantener con decencia el culto del verdadero Dios. Tal es la influencia de la virtud de los sacerdotes, que hacen respetar su religion aun á aquellos que no la profesan. Simon, de la tribu de Benjamin, que tenia la superintendencia del tesoro del templo, sin mas motivo que vengarse del Sumo Sacerdote Onias, informó á Apolonio Gobernador general de la provincia, que en las cajas del templo habia sumas inmensas de dinero y otras riquezas del comun, que no pertenecian al ramo de los sacrificios, y que podian ponerse en el erario del Rey. Un descubrimiento de esta especie es un asunto de mucho interes para congraciarse un Gobernador con su Soberano: Apolonio informó á Seleuco todo lo que Simon le habia comunicado, y creyendo el Rey que aquel dinero era residuo

de las sumas que donaba anualmente para los gastos del culto, envió á Heliodoro, su Ministro de Hacienda, para recoger aquel tesoro. La comision requería mucho secreto, para no dar tiempo á remover el dinero en todo ó en parte; y así partió el Ministro, con pretexto de visitar aquella provincia, para poner en ejecución con mas acierto el designio del Rey.

Llegado Heliodoro á Jerusalem, llamó á Onias y le mostró la orden del Rey; el Pontífice respondió: Que el dinero guardado en las cajas del templo era un fondo de donaciones hechas por los fieles para socorrer á viudas y huérfanos, y un depósito perteneciente á Tobias Hircano, varon eminente, que lo había puesto allí por mayor seguridad. El ministro, mas atento á ejecutar sus órdenes que á considerar la justicia, respondió: Que él no tenía instrucciones de examinar como había venido allí aquel dinero, ni cual era su destino; su comision era solo para llevarsele al Rey. Esta respuesta perentoria del comisionado afligió mucho al justo Onias, y puso en consternacion á toda la ciudad, que tenía todo el derecho á aquel dinero. El Sumo Sacerdote y los pobres de Jerusalem recurrieron al Señor, implorando su proteccion contra aquella violencia. Heliodoro, entre tanto, marchaba hácia el templo con su guardia, para apoderarse del tesoro por la fuerza, mas el espíritu del Dios Todo Poderoso detuvo su militar arrogancia. Un caballo belicoso con un ginete ricamente vestido y de vista espantosa se apareció á la entrada del templo, y embistiendo á Heliodoro, amenazaba destruirle

con las manos, mientras que dos gallardos mancebos, puestos cada uno á su lado y armados de buenos zurriagos, le sacudían fuertes latigazos sin cesar. El atrevido ministro cayó en tierra sin habla, y le retiraron lejos del templo en una silla de manos. Los guardias se recobraron del temor que los había paralizado, y al ver el estado horrible de su Gefe, suplicaron humildemente al virtuoso Pontífice, que rogará al Altísimo concediese la vida á aquel hombre, que parecía estar en las agonias de la muerte. Onias consideró prudentemente, que tal vez podría sospechar el Rey que el milagroso efecto del poder del Señor era alguna trama urdida por los Judíos contra su ministro, y ofreció sacrificio saludable por la salud de Heliodoro. Dios oyó la oracion de su siervo, y restituyó el sentido al humillado ministro que quiso atropellar el Santuario: los dos jóvenes celestiales, puestos á su lado con el azote en la mano, le dijeron: Da gracias al Sacerdote Onias, pues solo por su intercesion te ha librado el Señor la vida, y acordándote de este tu visible castigo, anuncia á todos las maravillas de Dios y su poder. Dichas estas palabras, desaparecieron. Escarmentado Heliodoro con la mano de los Angeles, y contento con haber escapado con la vida, volvió á la corte sin el tesoro, é informó á Seleuco de todo lo que había visto, y de todo lo que había sufrido. El Rey que había ya contado con aquel dinero sagrado, quería buscar otros medios para apoderarse de él, y consultó con su ministro sobre el nombramiento de otra persona, para mandarla á Jerusalem con el mis-

mo encargo. Heliodoro le respondió francamente : Señor, si tienes algun enemigo contra tu persona , ó traidor contra tu reino , que merezca la muerte ó un castigo muy cruel, envíale á Jerusalem por el tesoro del templo ; pues si el caballo no le destrozare , los dos mancebos de los zurriagos darán buena cuenta de él ; porque verdaderamente hay virtud divina en aquel lugar , que no dejará impune al que intentare violarle.

El pérfido Simon , que habia denunciado el tesoro de la casa del Señor al Rey Seleuco , acriminaba al virtuoso Onias , y le indispuso tanto con Apolonio , que pareció indispensable al santo Pontífice ir á la corte, no como acusador sino para vindicar su honor y asegurar la tranquilidad del pueblo. En este tiempo murió Seleuco y le sucedió en el trono su hermano menor Antíoco el Noble , cruel perseguidor del pueblo de Israel. El virtuoso Onias poseia muchas virtudes , para vivir tranquilo bajo el reinado de un hombre como Antíoco , y entre el corrompido pueblo de Jerusalem. Su inicuo hermano Jason dió dinero al Rey , fué nombrado Pontífice, y Onias quedó privado del sumo Sacerdocio. Menelao , hermano del calumniador Simon , ofreció mas dinero á Antíoco , hizo deponer á Jason , y obtuvo para sí el pontificado ; dignidad que no podia ejercer, no siendo de la tribu de Levi , y haciéndose tanto mas escandaloso el crimen de simonía. Este malvado intruso , para satisfacer los gastos de sus intrigas , sacó del templo los vasos sagrados , y los mandó vender en Tiro y otras ciudades :

lo cual sabido por el zeloso Onias , le escribió desde Antioquia reprendiéndole por una profanacion tan grave. La carta de Onias irritó en extremo á Menelao , y aprovechándose de la ausencia de Antíoco , prevaleció con Andrónico hacer morir á Onias. Andrónico era muy estimado de Antíoco , y habia sido nombrado Virrey en su ausencia ; este fué á visitar á Onias en su retiro cerca de Dafne , le sacó fuera , y le mató con su propia mano. La muerte de este santo Sacerdote fué lamentada no solo por los Judíos , mas tambien por los Gentiles. Antíoco mismo se affigió en el corazon al oír aquel hecho atroz , y lleno de lástima por la muerte de Onias no pudo contener las lágrimas , acordándose de las virtudes del venerable sacerdote. Al instante volvió el Rey á Antioquia , y movido de cólera , mandó despojar á Andrónico de la púrpura , pasearle por la ciudad como á vil asesino , y quitarle la vida en el mismo lugar donde habia cometido el horrendo sacrilegio.

El pueblo judío se destruía con sus facciones , y las tremendas señales de ejércitos combatiendo en el aire , que por cuarenta dias se viéron sobre Jerusalem , llenaban de horror á sus habitantes. Una falsa voz de que Antíoco habia sido muerto peleando en Egipto se esparció por Jerusalem y fué creída de todos , haciendo públicos regocijos por la supuesta muerte del tirano : pero jamas un engaño costó mas caro á un pueblo. Antíoco volvió victorioso de Egipto , é informado de las demostraciones poco leales de sus vasallos judíos , resolvió arruinar Jerusalem , el templo , la ley de

Moises, y hasta el nombre de Israel. Al frente de un ejército poderoso marchó á Jerusalem, tomó la ciudad por asalto, y soltando el dique de su cruel venganza, inundó la ciudad con la sangre de sus habitantes: ochenta mil personas fueron pasadas á cuchillo en el espacio de tres dias, y cuarenta mil fueron llevados prisioneros y vendidos por esclavos. El impio Pontífice Menelao condujo al Rey al templo, en donde el Monarca a gentil tomaba con sus manos sacrílegas los vasos consagrados que los otros Reyes habian ofrecido al Señor, los manoseaba indignamente, añadiendo burla á la profanacion. El Dios de Israel, irritado con los sacrilegios de los sacerdotes mismos, habia abandonado su templo á los enemigos, y por esto no esperimentó Antiocho ahora el efecto de la venganza divina que poco ántes habia caído sobre Heliodoro. El Señor no habia escogido al pueblo de Israel por amor á Jerusalem y á su templo, sino que habia protegido á esta ciudad y á su casa por amor al pueblo y descendencia de David, y firme á su promesa, mantuvo á los Judíos como nacion hasta el total cumplimiento de las profecías.

Antiocho se retiró á Antioquia despues de este estrago; pero su odio á Jerusalem no se habia borrado de su corazon. Apolonio, su general, marchó dos años despues con un ejército de veinte y dos mil hombres, con orden de matar á todos los adultos, y de vender mugeres y párvulos en perpetuo cautiverio á las naciones vecinas. Este detestable comandante entró en Jerusalem con apariencia de paz, y la observó por al-

gunos dias, hasta que llegando el dia santo del sábado, en que los Judíos reposaban, tocó al arma, dió la orden esterminadora, y en un solo dia dejó á Jerusalem casi desierta. El feroz Antiocho acababa de ejecutar su sangrienta comision, y un Senador fué comisionado para estirpar la religion y código de Moises en toda la Judea, compeliendo á los Hebreos que habian quedado, á abandonar las leyes de su Dios y de sus padres. El templo fué profanado con una nueva dedicacion á Júpiter Olímpico; la estatua de este primer dios de la gentilidad fué colocada en la parte mas sagrada, su altar cubierto de todo aquello prohibido por la santa ley, y la mas desenfrenada lascivia y glotonería servian en lugar de oraciones. Los hombres eran arrastrados para sacrificar á Júpiter, y á su resistencia estaba decretada la muerte. Dos mugeres acusadas de haber circuncidado á sus infantes fueron paseadas por las calles ignominiosamente, con los niños pendientes al pecho, y llevadas á lo mas alto de la muralla, madres é hijos fueron precipitados al foso, mientras que otros morian sofocados en las cuevas, á donde se retiraban para santificar el sábado escondidos. Las crueldades mas bárbaras eran ejercidas como por juego: los Judíos, por su ley, tenían horror á la carne de puerco, y esto bastaba para atormentarlos de muerte, si se resistian á comerla.

La mayor parte de los Judíos, viciados en sus costumbres ó atemorizados por el castigo, hacian cuanto sus perseguidores les mandaban; pero algunos prefirieron una muerte gloriosa con esperanza en el Señor,

antes que ofender á su Dios por amor á la vida. El venerable Eleazar, uno de los principales maestros de la ley, fué aprehendido, y abriéndole por fuerza la boca, le querian obligar á comer la prohibida carne de puerco, pero este virtuoso anciano se resistió, entregándose alegremente á los tormentos. Cuando Eleazar caminaba al suplicio, le aconsejaron algunos comer alguna carne lícita que ellos le traerian, dando á entender que cumplía con las órdenes del Rey, lo que seria suficiente para salvar su vida. El santo varon despreció la irreligiosa propuesta, diciendo: No es decoroso á un anciano usar de tal simulacion, porque muchos jóvenes, creyendo que Eleazar á la edad de noventa años renuncia á la ley del Señor, se inclinarán á renunciarla tambien á la primera insinuacion: antes quiero morir que cubrir mi ancianidad de infamia y execracion. No permita el Señor que el deseo de unos pocos dias mas de vida, me tiente á prevaricar tan vergonzosamente; ¿y de qué me importaria escapar de las manos de los enemigos de Dios ahora, si ni vivo ni muerto podré escaparme de la mano del Todo Poderoso? muriendo ahora varonilmente, como lo requiere mi ancianidad, dejaré á los jóvenes un ejemplo de fortaleza, que les induzca á preferir la muerte por la santa ley, á todos los intereses de este mundo y á la vida misma. Concluida esta heroica respuesta, caminó al suplicio, siendo sus mas crueles verdugos aquellos mismos que antes querian salvarle á costa de la religion. Eleazar exclamó al tiempo de su muerte: Tú, Señor, que todo lo ves, recibe mi alma,

pues sufro de buena voluntad muerte atroz por amor tuyo, antes que salvar mi vida evadiendo tu santa ley.

La generosa muerte de Eleazar fué precursora del mas heroico martirio recordado en la historia, y el que mas burló la crueldad y furia de Antíoco. Una madre con siete hijos fuéron presos por orden del Rey, para obligarlos á comer aquella carne que la ley habia declarado inmunda: Antíoco mismo, para su mayor infamia, presidió el martirio; ya fuese para triunfar con su presencia, ó ya para apurar todos los medios que su refinada crueldad pudiese sugerirle. Los siete hermanos con la madre fuéron traídos á la presencia del tirano para oír su inicuo mandato, y el mayor, en nombre de todos, respondió resueltamente: ¿Qué pretendes que hagamos nosotros? resueltos estamos á morir antes que violar las leyes de nuestro Dios. El decidido tono del joven provocó en extremo el odio de Antíoco, y mandó martirizarlos uno á uno, por el orden de su edad, para ver si la muerte de los unos intimidaba á los otros. Una gran sarten de hierro caldeado fué el tormento señalado por el tirano en este dia de su furor, y cuando este instrumento del martirio estuvo preparado, fué llamado el hermano mayor. El verdugo le cortó la lengua, por haber hablado con tanto denuedo la primera vez que le amenazaron, luego le arrancó la piel de la cabeza, le cortó las estremidades de las manos y pies, y por último echáron el mutilado cuerpo en la sarten para tostarle á fuego lento: entretanto la madre y los otros hermanos que estaban presentes, se alentaban entre sí á

morir con valor. Muerto el primero llamaron al segundo, y oyendo el decreto respondió con entereza: no comeré. Sufrió el mismo tormento con la misma constancia que su hermano, y estando para espirar dijo: O perversísimo Rey, tú nos haces perder la vida presente, mas el Rey del cielo nos resucitará en la resurreccion de la vida perdurable, por haber muerto fieles á su santa ley. El tercero fué presentado por su turno, y conociendo el Rey por su semblante la firmeza de su espíritu, mandó cortarle la lengua. El jóven dijo: Del cielo he recibido todo, y todo lo desprecio ahora por la ley de mi Dios, esperando recobrarlo de él; y luego sacó la lengua, y presentó las manos para la amputacion. Concluido el martirio de este, se presentó el cuarto, y firme en la misma resolucion, dijo al espirar: Mucho ganamos esperando firmemente en Dios, que de nuevo nos ha de resucitar: pero esta resurreccion no será para la vida. El quinto hermano se presentó al martirio con igual firmeza, y miéntras le atormentaban, miró al Rey, y le dijo: Tú, aunque mortal, tienes poder sobre los hombres y haces lo que quieres; mas no te persuadas, que Dios ha desamparado á nuestra nacion. Aguarda solo un poco y verás de que manera tu gran poder te atormentará á ti y á tu linage. Luego llamaron al sexto, y puesto en el lugar del tormento, dijo al Rey: No te engañes en vano, pues nosotros padecemos esto por nuestras culpas, habiendo pecado contra nuestro Dios. La heroica madre habia presenciado el martirio de seis amados hijos, con una constancia que

solo podia mantener una firme esperanza en su Dios, exhortando á cada uno en particular, miéntras ganaban la corona del martirio. Confuso el tirano al verse despreciado, lleno de insultos y amenazas, intentó seducir al mas jóven con caricias y grandes promesas de amistad, ofreciéndole honores y riquezas, todo lo cual despreció el jóven con indignacion. Antíoco se creia burlado en su cruel intento, si este niño moria como sus hermanos, y llamando á la madre, le rogaba con instancia salvara la vida de aquel muchacho, persuadiéndola á obedecer y comer la carne de puerco que le ofrecian. Esta muger incomparable, que unia á la mayor ternura de una madre el ánimo mas varonil, prometió irónicamente al Rey, que haria todo esfuerzo para convencer á su hijo en lo que debia hacer, é inclinándose á él le dijo: Hijo mio, ten piedad de mí por los oficios de madre que he hecho contigo; desde que te dí á luz hasta el dia de hoy; mira al cielo y á la tierra, y considera que Dios hizo de la nada al hombre y á todas las criaturas; no temas á este tirano ni á sus verdugos; imita heroicamente á tus hermanos recibiendo la muerte, para que yo os reciba á todos, en la vida eterna que esperamos en el Señor. Animado el jóven con esta patética exhortacion de su madre, y sin escuchar mas, corre hácia los verdugos diciendo: ¿á qué esperais? no obedezco al mandato del Rey; y volviéndose á Antíoco, le dijo: Tú, o malvado y el mas perverso de todos los hombres, autor de todos los males que sufre el pueblo hebreo, no escaparás de la mano de Dios.

Mis hermanos han sufrido un dolor pasagero, y ya están gozando una vida eterna; mas tú, por el juicio de Dios, pagarás las penas debidas á tu soberbia. Aquí me tienes pronto á sufrir como ellos, y confio que el Dios de Israel se mostrará propicio á nuestra nacion, y que tú serás obligado á confesar, que él es el solo Dios. Antíoco encendido en cólera al verse burlado y confundido por estos siete hermanos Macabeos, empleó toda la furia de su corazon contra el séptimo mártir, el que sufrió con una entera confianza en el Señor. Satisfecha ahora la heróica madre con la virtud y constancia de sus hijos, no deseaba mas que ir á unirse con ellos en la gloria celestial que habían ganado con el martirio: pidió la muerte y la sufrió con firmeza, sellando con su sangre esta ilustre familia la causa gloriosa del Dios de Israel.

Este reinado del feroz Antíoco habia reducido al pueblo de Israel á una desolacion, mayor de la que padeció en tiempo de Nabucodonosor. Este Monarca les habia perseguido, por la falta de fe á los tratados que habian hecho con él, pero no pensó jamas en separarlos de su ley, ni esterminarlos: los llevó cautivos, mas les dejó el consuelo de su religion, la libertad personal, y aun la administracion de justicia segun sus leyes y costumbres. Es verdad que quiso compeler á Ananias, Azarias y Misael á adorar la estatua que habia erigido, pero no era su intencion separarlos de su ley, sino hacerles honrar su persona en aquella figura que le representaba. Mas Antíoco buscaba el esterminio del pueblo, la abolicion total de su religion; y

para frustrar este malvado intento, inspiró el Señor á Matatias su fuga de Jerusalem al monte de Modin. Aquí fué donde el religioso Matatias con sus hijos lloraba las desgracias de su patria: ¡Ay de mí! esclamaba aquel fiel Israelita, ¿porqué nací para ver la ruina de mi pueblo, y estarme aquí sentado miéntas que es presa de sus enemigos? La santa ciudad asolada, el templo profanado, sus ancianos despedazados, sus jóvenes pasados á cuchillo, y sus despojos en poder de naciones idólatras. Matatias y sus hijos, cubiertos de cilicios, lloraban de dolor, miéntas Antíoco saciaba su ira con la sangre de los Hebreos. Los satélites del tirano viniéron luego á Modin, para obligar á los pocos habitantes que se habian retirado allí á sacrificar al ídolo Júpiter: estos quisieron persuadir al valiente Matatias á condescender con las órdenes del Rey, ofreciendo á él y á sus hijos riquezas, honores y empleos. Matatias respondió decididamente: Aunque toda la gente obedezca al Rey Antíoco, y cumplan sus mandatos, yo, mis hijos y mis hermanos obedecerémos solo á la ley de nuestros padres. Al mismo tiempo que daba esta respuesta á los comisionados de Antíoco, se llegó un Judío al altar del ídolo, para ofrecerle sacrificio: Matatias se encendió en cólera al ver al apóstata, y arremetiendo á él, le despedazó sobre el ara. El oficial que le habia instado á sacrificar, quiso vengar aquel atrevimiento, pero Matatias le mató tambien, y luego derribó el ara.

Puesto una vez en accion su zelo, era necesario to-

mar las armas , y declararse abiertamente en defensa de su religion. Al sonido de una bocina congregó á los habitantes de Modin, y les dijo : Todo aquel que tiene zelo por la ley, guardando firme su alianza , sígame al desierto. Cinco hijos que tenia , dignos de tal padre, fuéron los primeros que le siguiéron , y estos son los que hicieron tantas hazañas en defensa de la ley del Señor ; Juan, Simon , Judas , Eleazar y Jonatas. Estos fuertes varones se mantuviéron algun tiempo en las montañas , hasta que juntáron un pequeño ejército de hombres resueltos , para hacer frente al enemigo. Los Judíos habian sufrido ántes muchos estragos , porque el enemigo los atacaba siempre en sábado , sabiendo que en este dia la ley no les permitia combatir, y por esto Matatías y sus hijos aboliéron esta parte de la observancia , resolviendo pelear en sabado siempre que fuese necesario. Una division de las tropas de Antíoco, que vino á oponerse á Matatías fué derrotada , y con esta victoria se halló en estado de marchar con sus bravos soldados , derribar por todas partes los altares profanos , y dejar á los habitantes en el libre ejercicio de la religion de su Dios. Matatías se sintió cercano á la muerte , y llamando á sus hijos, les dijo : Ahora ha tomado fuerzas la soberbia , y es el tiempo del castigo y de la ruina ; animaos, hijos mios , del zelo por la ley, y dad vuestras vidas por el testamento de vuestros padres ; acordaos de las hazañas de vuestros abuelos , y procurad ganar á su ejemplo una gloria grande y un nombre glorioso. No temais la violencia de ese soberbio que os

amenaza , porque toda esa gloria que le rodea no es mas que polvo y basura ; mas vosotros seréis victoriosos , si obráis con valor en defensa de la ley. Escuchad , hijos mios , á vuestro hermano Simon , él es hombre de consejo y os servirá de mucho con su prudencia ; seguid las banderas de la fe bajo el mando de Judas Macabeo , y él os guiará con gloria en las batallas. Estas fuéron las últimas palabras con que Matatías infundió en los corazones de sus hijos el santo zelo que animaba al suyo ; y confiando el acierto en la prudencia de Simon , y en el esforzado valor de Judas , les dió á todos su bendicion y murió en el Señor.

CAPITULO TERCERO.

VICTORIAS DEL ILUSTRE JUDAS MACABEO.

Señalado el Senador , y nombrado el General del nuevo ejército de Israel , diéron principio á la gloriosa empresa de redimir al pueblo de la abatida condicion en que se hallaba. Judas , como leon en sus obras , se vistió de coraza como un gigante , y ciñó su invencible espada : puesto al frente de seis mil hombres , persiguió á los malvados , buscándolos por todos lados ; y los enemigos conturbados huian de su presencia por todas partes. Temeroso Apolonio del naciente poder del Macabeo , juntó todas las tropas de la provincia , y marchó contra él : este movimiento llegó á noticia de Judas , con una relacion del número